

LA PERIFERIZACION DEL MEZZOGIORNO ITALIANO EN LA EDAD MODERNA. SISTEMA FEUDAL Y MERCADO INTERNACIONAL

María Antonietta VISCEGLIA-DELILLE

Universidad de Bari

Los trabajos sobre la relación entre el mercado internacional y el sistema feudal en el Mezzogiorno italiano son insuficientes. Seguramente, tal pobreza de estudios se debe a la separación existente en la historiografía italiana entre la investigación sobre la producción y la investigación sobre el mercado, separación que procede de una concepción teórica cuya superación se ha iniciado solamente después del gran debate sobre la obra de W. Kula.

Esto no significa que no haya habido importantes trabajos sobre períodos o sectores concretos, y, aún más, que no se hayan acumulado materiales, líneas de interpretación e importantes elementos para el conocimiento histórico. Por eso hacer un balance no es fácil: casi ninguna de las investigaciones a las cuales nos hemos referido se han propuesto el estudio del funcionamiento del sistema económico del Mezzogiorno en la larga duración. Los análisis se han quedado segmentados en la diacronía y unidimensionales en la espacialidad.

Comenzando por los estudios sobre la circulación, el interés de los historiadores del comercio se ha centrado esencialmente en los períodos más dinámicos: los siglos XV, XVI y el XVIII. Los referentes al primero tienden a destacar, en primer lugar, los aspectos mercantilistas de la política de Alfonso V: algunos ven en él «el precursor del capitalismo moderno» (Silvestri, 1952). También el

sistema de ferias del siglo XV ha sido un tema privilegiado: Grohmann (1959) ha esbozado un cuadro general estudiando las localizaciones y el sistema de cambios de más de 230 ferias. Para dicho autor el significado de estas instituciones en el Cuatrocientos consiste en la elección de una determinada orientación económica con implicaciones políticas: las ferias traen no sólo riqueza sino también nuevas corrientes de ideas y nuevas formas de cultura. Por último, el estudio de Marciani sobre las ferias de Lanciano y su desarrollo en el Quinientos (relacionado con la decadencia de las de Aquila), aunque un poco posterior (1962), se inscribe en esta línea de investigación.

Pasando al siglo XVIII, la aceleración del movimiento económico desde los primeros decenios se interpretó como un reflejo del movimiento general de la economía europea. El primer trabajo importante sobre el comercio internacional de Nápoles en el Setecientos fue el de R. Romano (1951), que analiza los orígenes mercantiles de la burguesía napolitana. Y, entre ambos períodos, el XVII se definió en el debate historiográfico de los años cincuenta como una etapa de reforzamiento del feudalismo; el fenómeno estaría en el origen de la caída de la **modernidad** del XVI. Después una cesura cronológica que se consideraba **nudo problemático sin resolver** separaba la crisis del siglo XVII de la recuperación del Setecientos.

La periodización existente tendía a mirar al siglo XVIII desde la perspectiva **ochocentista**, es decir, desde la destrucción de la feudalidad y la revolución burguesa.

A partir de los años sesenta la investigación sobre la producción agrícola y sobre las alteraciones de la renta tomaron nuevo vigor. En cambio quedaron a la baja los trabajos sobre temas comerciales, pese a la adopción de una nueva problemática apoyada en el marco regional.

Ello no quiere decir que no aparecieran estudios importantes referentes a la circulación: basta pensar en el de M. Aymard sobre el comercio del grano en el Adriático en el 500 (1966), en el volumen de P. Chorley sobre el aceite y la seda en el Setecientos (1968) y, más recientemente, en el de P. Macry sobre el mercado del grano en Nápoles durante la misma época. Pese a ello, en conjunto, los historiadores del Mezzogiorno han continuado estando más interesados por los problemas de historia agraria: transformaciones de cultivos, distribución de la propiedad, etc.

Pasando a las publicaciones más recientes, las que conciernen al siglo XV vuelven a ocuparse de la circulación a través del problema de la articulación del Mezzogiorno en el mercado internacional. El importante volumen de Del Treppo sobre **Los mercaderes catalanes y la expansión de la Corona aragonesa en el siglo XV** (1975), directamente inspirado en la obra braudeliana, ofrece un cuadro complejo de las estructuras comunes y de las diferencias reales de los distintos territorios ubicados en la cuenca mediterránea vistas desde un punto de vista no italiano. Las contribuciones de A. Leone, dentro de esta línea, han adoptado una perspectiva distinta, desde el interior del Mezzogiorno. Sus conclusiones permiten precisar la organización general de la economía del reino de Nápoles en el Cuatrocientos. Según él, acabado el lanzamiento mercantil de Amalfi, los ejes de tráfico se desplazan hacia la Puglia. Los productos básicos de la exportación eran el grano y el aceite de esta región, en la cual, además, se cruzaban el flujo mercantil exterior e interior (línea Puglia-Nápoles). «El comercio convalida un círculo económico adriático cuyas coordenadas son el grano de Puglia, la flota veneciana, los capitales de la misma procedencia y la banca florentina repartida entre Venecia, Florencia, Roma, Nápoles, Trani, Lecce.» (Leone, 1983.)

Las investigaciones de los últimos años sobre la relación Mezzogiorno-mercado internacional confirman estas conclusiones. Así, las síntesis publicadas en **Historia de Italia** (Einaudi) por Aymard y Malowist han reforzado la imagen de una división del trabajo que se afirma sólidamente al final del Medioevo en el interior de la Pe-

nínsula. Dentro de ella, el Mezzogiorno desempeña el papel de centro de aprovisionamiento de productos alimenticios para las ciudades industriales del norte y de mercado para las manufacturas de éstas.

Wallerstein, como es sabido, incluye al Mezzogiorno de esta época entre las **semiperiferias**, las cuales, después de la crisis del XVII y de la reestructuración general de las jerarquías económicas, se desclasas y convierten en periferias. El sentido del proceso es ciertamente el indicado por este autor, pero, como va dicho, las opciones historiográficas que valoran el sistema económico de la región que analizamos en el 400 y 500 son más difuminadas y, por tanto, no unívocas. La dependencia de los países marginados de la economía internacional era o un fenómeno que podía ser modificado en sentido inverso, como de hecho sucedió en otros países europeos, o un problema plurisecular que se manifiesta desde el siglo XII. Dicho de otra manera, la situación de dependencia sería una consecuencia de la introducción de las estructuras feudales, llamada a mantenerse incluso en las fases más expansivas de la economía-mundo. Pero, ¿cómo no tener en cuenta que el reino de Nápoles permaneció durante la Edad Moderna dentro de un contexto político y cultural común con los países más avanzados del Occidente europeo?

La marginación del Mezzogiorno no puede ser estudiada desde la óptica del **destino para el atraso**. En mi opinión, el peligro consiste en que una lectura esquemática y lineal del complejo esfuerzo interpretativo de Wallerstein podría esconder la trampa de extrapolar hacia atrás las categorías dialécticas del centro-periferia. Estas categorías se elaboraron al final de los años sesenta para interpretar los problemas del subdesarrollo en el mundo contemporáneo, por lo que es necesario utilizarlas matizadamente en la época moderna. A lo largo de esta última las etapas del proceso de periferización son distintas a los mecanismos de la dependencia de tipo colonial y se suceden en función de los intereses de un bloque social y político que podríamos definir como mercantil-feudal, que se afianzó en la sociedad meridional como una estructura de poder a la vez ambigua y coherente. En este sentido la especificidad y las contradicciones que caracterizaron la participación del Mezzogiorno en el movimiento general de la economía mundial del XVI son paradigmáticas.

El crecimiento del Quinientos tuvo lugar a partir de un hecho fundamental: el Mezzogiorno es un país proveedor de materias primas y, a la vez, mercado especulativo del capital comercial extranjero. Pero a lo largo del XVI las transformaciones van a ser profundas, dado que

el crecimiento no fue sólo cuantitativo, sino que estuvo presidido por una enorme diversificación de mercancías en la circulación comercial.

Las monografías regionales, ahora numerosas, evidencian que el aprovechamiento agrícola del territorio se organizó según áreas productivas muy distintas entre sí. En Calabria, por ejemplo, predominaba el cultivo cerealero en Crotona, el aceite en Rossano, la seda en Reggio y en Puglia, la lana de Foggiano, el grano de la cara interna de la Capitanata y las costas jónicas y el aceite del litoral y de la subregión de Capo. En esta última la distribución de los cultivos en la primera mitad del Quinientos prefigura las preferencias posteriores en este sentido, que se definirán en la segunda mitad del Setecientos. En la zona de Lecce los arbustivos, si no han asumido todavía los caracteres de monocultivo, predominan ya ampliamente. Por otra parte, la especialización agrícola es paralela a la de los puertos: a lo largo de las costas de Puglia, y hasta el XVIII, se diferencian en puertos de aceite o puertos del grano.

El equilibrio económico general del reino de Nápoles en el XVI se caracteriza por su estructura compleja. Los distintos sectores productivos se organizan según mecanismos autónomos y originales: el grano, el aceite, la seda y la lana se dan en distintas zonas de producción y poseen diversos mercados y diverso peso político.

Pero esta autonomía de los sectores productivos se encuadra dentro de un sistema unitario caracterizado por un doble rasgo: primero, la omnipresencia de las iniciativas económicas del señor feudal, que acapara un porcentaje progresivamente mayor de la producción del feudo y una extensión también progresiva de tierras de la antigua reserva arrendada o de alodios en virtud de su papel de prestamista de los pequeños y medianos productores; segundo, el carácter especulativo del capital comercial, que no sustenta la producción del interior sino que la financia desde el exterior en virtud de mecanismos ajenos a las necesidades del desarrollo de la economía local. Ambos aspectos son complementarios.

Ya G. Galasso había precisado en la Calabria del Quinientos cómo «la evolución de la feudalidad de dependiente del poder público a propietaria perceptora fue sólo en pequeña parte efecto del esfuerzo secular que la monarquía meridional había sustentado. Su causa fundamental sería, por el contrario, el acoplamiento del Mezzogiorno en el gran mercado internacional de la cuenca mediterránea». La evolución de la estructura de la renta feudal, observada a lo largo del arco trisecular, aunque no presenta una marcha lineal ni continua, se verifica en el sentido de que el señor feudal retiene la mayor

cuota posible en el reparto de los productos en especie. Ello ha sido demostrado en Calabria, Terra de Lavoro, Puglia y Principato Ultra. Hasta mediados del XVIII, si excluimos la fase 1580-1640, el barón meridional busca disponer libremente de una cantidad creciente de productos agrícolas, bien a través de la gestión directa, bien incrementando las prestaciones del tipo de los **taraggi** y de los **decime**, bien aumentando la renta en especie percibida en las aparcerías o en los arrendamientos de las reservas feudales. Lepre (1978), Visceglia, Benaiteau (1980).

Comerciantes y barones se complementan así en la gestión de los grandes tráficó, aunque el bloque que forman no es compacto ni homogéneo. En cuanto a los cereales, los intereses de la nobleza ligados a los organismos municipales que se encargan del abastecimiento de Nápoles y de los barones exportadores son obviamente divergentes. No por casualidad serán comerciantes los que actúen de intermediarios: así, en 1501 Bernardino Sanseverino, príncipe de Bisignano, vende a G. Gregorio Grimaldi, genovés, 10.000 **tomoli** de grano. El tal Grimaldi era agente, en Calabria, de Francesco Spinola, el cual, mientras tanto, ha estipulado un contrato con los **Eletti** de la ciudad de Nápoles, a los que venderá el grano que debe recibir de Sanseverino.

A pesar de que el **estado** mercantil está articulado en jerarquías complejas y de que los niveles de mediación son siempre múltiples, el eje privilegiado será siempre el que une al señor feudal y al capital financiero extranjero. Hablar de este último en la segunda mitad del XVI es hablar del capital genovés. El monopolio de venecianos y toscanos en el siglo XVI se sustituye, a partir del momento en el que el Mezzogiorno entra a formar parte del sistema imperial español, por una especie de reparto entre una zona aún dominada por la hegemonía que limita con el Adriático y otra jónico-tirrena dominada por los genoveses.

El problema supera el cuadro napolitano. Wallerstein individualiza lúcidamente la complejidad del papel desempeñado por los genoveses en la economía mediterránea: «Uno de los caracteres del sistema mundial europeo es la dificultad de responder a la pregunta de quién dominó a quién.» El centro dominaba a la periferia, pero el centro era grande. ¿Los comerciantes y banqueros genoveses utilizaban a España o era el imperio español el que absorbía parte de Italia? El caso napolitano muestra muy bien el cruce de los dos aspectos.

La lista de las **Partidas de las rentas fiscales ordinarias concedidas o vendidas por la Regia Corte**, publicada por R. Colapietra, ofrece un cuadro preciso de las rentas de los genoveses en el reino de Nápoles después de la ba-

talla de Lepanto. La alienación de las funciones fiscales por la monarquía española es más visible en las provincias donde se concentran los puertos y la comercialización de la agricultura es más pronunciada. Por ello los genoveses, casi ausentes en los Abruzzos, la Basilicata y los Principatos, son dueños de casi todas las rentas y aplastan a la aristocracia local de Terra d'Otranto, Bari y Calabria.

En un documento posterior, la indagación de 1610, se observa que de 1.250.000 ducados de capital extranjero invertido en el reino de Nápoles, 1.120.000 eran genoveses. Estas cifras demuestran que el crédito era fundamentalmente genovés a comienzos del XVII en el Mezzogiorno, aunque los florentinos continuasen controlando los pagos en la feria de Lyon y Besançon y los venecianos las de Nuremberg, Frankfurt y Alemania del Norte (Colonia y Hamburgo). De estos «miembros de una verdadera y propia internacional del dinero», como los ha definido R. Romano, beneficiarios y a la vez instrumentos de la fiscalidad imperial española, sólo conocemos la actividad como banqueros y financieros: faltan reconstrucciones complejas de los diversos sectores, incluso para individuos concretos. Así, no sabemos cómo se combinaba la carrera de los burócratas del aparato financiero (ya que los genoveses ocupaban los puestos clave en las *percettorie* provinciales y en los arrendamientos) con la actividad de los grandes exportadores de granos y cuáles eran los comportamientos económicos y la estrategia matrimonial en relación a los barones locales.

Lo que sí conocemos son los éxitos. Al adentrarnos en la gestión de los señoríos observaremos que se difunde la práctica del arrendamiento en los últimos decenios del Quinientos y que sus beneficiarios son en gran parte genoveses. A ello se añade el reparto de tierras realizado por la monarquía española entre ellos, seguramente porque eran acreedores de antiguas familias napolitanas. El resultado es que van a ocupar un puesto importante en las filas de los señores feudales entre los siglos XVI y XVII. Así, los Doria, Spinola, Grimaldi, Pinelli, Squarciafico, Imperiale, Giudice, Lomellino, Ravaschieri...; los nombres de algunos de ellos se conservarán hasta la abolición del feudalismo. ¿Victoria de los barones sobre el capital financiero o aburguesamiento de la nobleza? La cuestión no es nueva ni puede plantearse en términos de dicotomía. Ciertamente, el proceso de penetración genovesa en las estructuras económicas del Mezzogiorno culmina ahora, para después bloquearse en la crisis del XVII.

En efecto, dicha crisis, que revela los límites del desarrollo del Quinientos, coincide con la nueva dimensión

del papel de los genoveses en la economía mediterránea. La valoración de los caracteres y ritmos de este proceso por Wallerstein es matizada: según ella, la segunda fase del descenso de las naves nórdicas coincide con el último lanzamiento de la economía de las ciudades-estado de Italia septentrional. «La fuerza de Génova procede en parte del descontrol de los Países Bajos, en parte de su total adhesión al principio del primado de la economía y, en parte también, al mantenimiento de estrechos lazos con la monarquía española y su sistema comercial.» Pero «el incremento fue de breve duración, y bajo la aparente opulencia se oculta un proceso de decadencia, de modo que a finales del XVI estas zonas fueron replegadas a la semiperiferia de la economía mundial europea». Una vez más, el reino de Nápoles constituye un observatorio privilegiado para confirmar la complejidad de las modificaciones.

En los primeros decenios del Seiscientos se asiste a un cambio fundamental en el destino y composición del comercio de exportación napolitano. No se trata solamente de la caída de un sector productivo particular, puesto que es innegable el empobrecimiento del abanico de cultivos comercializados meridionales: la caña de azúcar, el azafrán y la seda, las nuevas y ricas plantas del XVI, fueron las más afectadas.

Ya Galasso había subrayado cómo la crisis del cultivo de la seda calabresa coincide con la «disminuida capacidad genovesa de controlar y monopolizar el comercio en el Mezzogiorno». Sin embargo, quisiera señalar un dato importante: las dificultades de los comerciantes genoveses se agravan por sus rivalidades con los comerciantes locales. En Lecce, por ejemplo, algunos sondeos en las fuentes notariales muestran cómo las protestas de Campiali a favor de los genoveses (B. Centurione y M. A. Imperiali sobre todo) se multiplican en los primeros decenios del XVII, mientras que, a la vez, se disuelven numerosas sociedades de comercio entre extranjeros y napolitanos.

La crisis es general, pero no es igual para todos. En lo concerniente a los cereales, los límites del crecimiento del sector —que se detectan a través del recurso al grano nórdico en los años noventa del siglo XVI— se alcanzan al tropezar con la rigidez del sistema *annonario*. En 1602 el virrey Benavente amplía notablemente las funciones del *grassiero* (Muto, 1983). Esta decisión denota la voluntad de instalar un hombre de la Corte en las instituciones centrales del gobierno de la ciudad y, además, la decisión política de controlar estrechamente la administración *ce-realícola*.

En 1606 la **penuria de grano** era tan grave y el acapa-

ramiento tan escandaloso (los jesuitas habían almacenado 45.000 **tomoli**) que para evitar desórdenes de cualquier tipo¹ se bloquean los pagos de los cánones a los dueños. Se trata de una disposición excepcional, con un significado importante, sobre todo si se piensa en el papel «usurario y oprimente» (Masella, 1976) que los contratos agrarios, en especial los establecidos a corto plazo, habían adoptado en el primer Seiscientos. Lo que queremos destacar con esta enumeración es cómo en los primeros decenios del XVII la organización mercantil que regulaba el comercio del grano estaba acentuando la centralización de su estructura.

Poco a poco las relaciones con los mercados extranjeros se harán más irregulares e inestables. Cada vez más, el control de los flujos cerealeros será objeto de favores y concesiones a un grupo reducido de la sociedad meridional. Desde el punto de vista social la nobleza agrava la desigualdad provocada por la crisis, bien acaparando tierras y haciendas de **massari** endeudados (Lepre, 1973), con lo que aumenta su cuota del patrimonio, o bien defendiendo su participación en el comercio del trigo.

En 1645, en una situación de crisis política pero de buena cosecha y altos precios, se concede una saca de 75.000 **tomoli** de grano. El embajador veneciano escribe: «Se envían muchas partidas en Puglia al precio exorbitante de 36 carlinis el **tomoli**. El grano pasa de las personas más pobres a las más ricas, como siempre ha sucedido y sucede aún, aplicándose a este acaparamiento, como supremas autoridades de Puglia, el príncipe Minervino, el duque de Andria y el conde de Conversano, los cuales hacen causa común... y con sus acuerdos con la Corte y la ciudad de Nápoles dan lugar a que estos productos alimenticios suban dos carlinis más.»²

Para el aceite, por el contrario, la ausencia de un mercado interno y el progreso que en otras regiones del Mediterráneo registra la oleicultura no se transforman en factores de crisis de este sector económico. La contabilidad decimal muestra gran estabilidad de los niveles productivos hasta los años cuarenta del Setecientos, estabilidad que se relaciona con los cambios habidos en el tráfico internacional del aceite (Visceglia, 1980). Ya en los años treinta del Seiscientos el Mezzogiorno cubre casi toda la demanda inglesa de aceite, que crece rápidamente.

Los únicos estudios de que disponemos para esbozar los modos y tiempo de la penetración inglesa en el mercado napolitano son el ensayo de H. Koenigsberger y las investigaciones de R. Davis, publicadas en el ámbito de los estudios generales sobre la crisis de Venecia. Pero la organización del espacio económico que se delinea en los siglos XVI y XVII, tras el cambio de equilibrios en favor

de las potencias atlánticas, no es un problema que pueda explicarse exclusivamente a partir de la decadencia veneciana. Las transformaciones se producen de acuerdo con coordenadas más complejas, cristalizándose una nueva jerarquía entre el Mezzogiorno, las ciudades mercantiles del Norte y las potencias atlánticas. Las nuevas relaciones espaciales rompen la unidad del Mediterráneo: el Adriático se convierte en un espacio económico **regional**.

Es en este período cuando el comercio del aceite asume una estructura abierta, que se conservará hasta el siglo XIX. «Los aceites que se cargan para Poniente lo son casi todos fuera del Golfo: de ellos no viene a Venecia sino algún navío al año.»³ La ruptura entre las dos áreas se produce según una línea vertical ideal que atraviesa la misma Puglia. Los puertos oleáceos se dividen ahora en puertos adriáticos, incluidos en un circuito comercial que sigue siendo italiano hasta el siglo XVIII, y jónicos, incluidos en el circuito de las potencias atlánticas, sobre todo Inglaterra, desde el XVII. Respecto a los fletamientos de buques, la dependencia es total y sólo los genoveses logran salvar sus posiciones, pero dentro de la órbita mediterránea.

En el interior del Adriático, Venecia ve progresivamente restringido su papel a lo largo del XVII. A los factores endógenos de decadencia económica se añaden los exógenos de la crisis política véneta-española, que repercutirá agudamente en la colonia veneciana de Nápoles. En 1606 los bienes venecianos en Nápoles son secuestrados y vendidos por orden del regente del Collaterale; en 1617 el residente atribuye la decisión de prohibir la exportación del grano de Puglia a la voluntad de bloquear los abastecimientos de Venecia⁴. En plena crisis entre ambas potencias, durante el virreinato de Osuna, los comerciantes y el mismo cónsul véneto en Lecce son hechos prisioneros y sus bienes secuestrados por el recaudador provincial⁵.

Los despachos consulares asumen en estos años un tono monótono debido a la repetida cantinela sobre abusos, atropellos y tentativas inútiles y miopes para restablecer los antiguos privilegios: «Todos los privilegios de los cónsules y comerciantes vénetos de este reino están olvidados, alterados y debilitados, de manera que no es posible poder devolverles su antiguo estado.»⁶

La guerra de Candía (1645-1669) profundizó aún más la separación entre el Adriático y el Mediterráneo occidental. En lo referente al Mezzogiorno, es en esta fase cuando el aceite de Puglia llega a Hamburgo, desde donde será distribuido a las ciudades alemanas sin pasar por los intermediarios venecianos. No se trata de una corriente de tráfico producida por una coyuntura concreta,

puesto que permanece y se potencia durante todo el Setecientos.

Al final de esta centuria el espacio adriático muestra, por lo tanto, escaso dinamismo. A otro nivel, algunas investigaciones de historia agraria parecen confirmar este dato: en la Tierra de Bari el olivar cede paso en la zona costera a la ganadería ovina, manteniéndose una «persistente incertidumbre en cuanto a direcciones de cultivo» (Masella, 1975). Contemporáneamente, la extensión del olivar registra una merma sensible. Pero en los últimos decenios del XVII aparece un proceso diferente protagonizado una vez más por los barones: en un período de bajos precios de la tierra y de estancamiento demográfico, acaparan terrenos incultos para valorizarlos por medio de la parcelación y de la imposición de censos. En Terra de Otranto las grandes plantaciones de olivos se desarrollan de nuevo en la etapa comprendida entre los años ochenta del Seiscientos y treinta del Setecientos.

Así, la nobleza aparece interesada, a través del uso de contratos agrarios antiguos (la enfiteusis, el censo), por una política de transformación de los cultivos, especialmente en Tarento y Gallipolis, regiones no integradas en el circuito pero directamente ligadas a los comerciantes de Poniente.

Hemos insistido en la permanencia de una variable adriática justo en el momento en que la dialéctica centro-periferia llevaba a la economía del reino de Nápoles a contactar con la atlántica para remachar cómo el proceso de periferización coincidía con la acentuación de la asimetría y la fragmentación del espacio económico del Mezzogiorno. También, para mostrar cómo las zonas que se individualizan entre los siglos XVII y XVIII en el Adriático constituyen distintas versiones del modelo comercial del Mezzogiorno y con los de Europa del Norte.

Aunque volvamos posteriormente sobre este punto, quiero concluir esta comunicación explicando cómo el proceso de periferización del reino de Nápoles en la economía mundial se acentúa, pero no se concluye, en los siglos XVI y XVII, asumiendo una connotación original en el XVIII.

Al llegar a esta última centuria la variable diacrónica expresa un hecho político nuevo: el fin de la dimensión imperial. Al menos políticamente, el reino no es ya periferia. ¿Qué va a significar este hecho a nivel de la política económica y de la reestructuración de las relaciones internacionales?

En su teoría sobre la economía espacial P. Dockes había ya destacado la importancia que alcanza en el siglo XVIII la reorganización del espacio, no en función de una continuidad (aunque dividida en regiones), sino de

un conglomerado de naciones. Desde esta óptica se comprende muy bien cómo el Mezzogiorno aprovecha su reencontrada independencia del Imperio español para participar en el nuevo **trend** expansivo de la economía mundial con una política comercial **autónoma**.

Las voces levantadas en el reino de Nápoles abogando por nuevas iniciativas en este sentido son numerosas y proceden tanto de intelectuales como de hombres de gobierno. Sin embargo, la conciencia del papel subalterno que el país desempeñaba en el seno de la división internacional del trabajo no era de rechazo. Resultan ejemplares, a este respecto, los argumentos de Federico Valgnani, buen exponente de la nobleza feudal, presidente de la Real Cámara de la Sommaria entre 1724 y 1733 y autor de una obra inédita, **Reflexiones sobre el comercio del reino de Nápoles**: «Los forasteros de quienes procede todo el capital en el comercio... quieren los géneros que del reino se extraen a precio bajo, con cambio de mercancías de sus países y con poco o ningún alivio y bienestar en dinero para el Príncipe y perjuicio para el pueblo... En esta situación, es necesario persuadirse de que este reino no puede ejercer el comercio sin dos naciones forasteras, quiero decir en el Tirreno la inglesa y en el Adriático la veneciana, porque estas dos alzan muestras de géneros y jamás hacen entrar los suyos para igualar su valor... y tienen a mano lo que a nosotros nos falta (crédito, fuerzas marítimas, barcos, puertos)... El reino es como aquellas naciones que tienen productos que se encuentran en otros lugares, por lo que se necesita convencer a los hombres que deben proveerse en él y no en otros países.»⁷ El manuscrito continúa enumerando una serie de pruebas: los venecianos desde 1719 ya no compran el vino en los Abruzzos y prefieren buscar el aceite y el trigo en Morea; los alemanes adquieren en Francia el azafrán; los genoveses ya no desean el vino napolitano...

El argumento está claro: los productos del Mezzogiorno son los mismos que los de otras naciones pobres del área mediterránea. Por tanto, intentar un cambio del orden económico y social del reino es poco realista, ya que las razones del cambio desigual constituyen un fenómeno natural.

Por el contrario, se deben potenciar los sectores productivos existentes y mejorar las relaciones comerciales: en la primera mitad del Setecientos el papel periférico, más o menos conscientemente aceptado, se sitúa en una perspectiva mercantilista, cuyas coordenadas pueden ser enumeradas como sigue:

a) Desarrollo de la marina y creación de órganos específicos para las relaciones entre los comerciantes extranjeros y napolitanos (el supremo magistrado de Co-

mercio). Pero la revolución industrial profundizó las diferencias entre la Europa continental y el reino de Nápoles, aunque este último participe en algunas de las directrices generales del nuevo orden económico mundial.

b) Relanzamiento de las relaciones **italianas**. Es el momento de los contactos con Venecia para estipular un nuevo tratado comercial y potenciar el área adriática. La creación de los puertos francos en Trieste y Ancona constituye, ciertamente, un importante factor de recuperación, pero no se trata sólo de ocasiones externas de desarrollo: las ciudades de Puglia responden positivamente y de manera original a las oportunidades del nuevo **trend** expansivo de la agricultura europea, a la revitalización de algunos circuitos comerciales tradicionales y a la demanda manufacturera del Imperio de los Habsburgo.

c) Vuelta a la política de exportación del trigo. En un trabajo ejemplar de P. Macry sobre el mercado de los cereales en el reino de Nápoles durante el siglo XVIII, se considera a la exportación como un indicador preciso del «mercantilismo de la Sommaria». Aun en dicha centuria la política gubernativa de las sacas de grano, punto de encuentro de los grandes intereses económicos, está pesadamente condicionada por las presiones de los barones: «Sobre las cantidades destinadas a los países extranjeros, una especie de derecho de preferencia parece favorecer a los grandes apellidos de la aristocracia.»⁸

Tras la crisis del 64 aparece una nueva definición de las jerarquías económicas entre el Mezzogiorno y los países atlánticos, en el sentido de un agravamiento de la dependencia respecto a Inglaterra y Francia, inmediatamente traducida en una grave incertidumbre sobre las direcciones de la política económica. Después del 64 los años de apertura del comercio de exportación del trigo son escasos, y los intereses de la *Annona* prevalecen. Por el contrario, las exportaciones de aceite suben en los años 1770-1780: conocemos los datos estadísticos a través de mis propios trabajos y los de R. Romano y P. Chorley. Si la organización del comercio del aceite, que ya conocemos, permanece intacta, sus caracteres especulativos se agravan notablemente. Los países importadores miran ahora al Mezzogiorno como uno de los posibles mercados de aprovisionamiento. Todo un sector económico del reino depende, pues, de la demanda externa, que puede caer en el momento más inesperado.

Francia, Inglaterra, Holanda, Hamburgo y algunos lugares del Báltico, así como Génova, Marsella, Livorno y Roma, acostumbran a proveerse de aceite en el reino, expidiendo los buques con el cargamento y anticipando el dinero por medio de letras de cambio sobre Livorno, Roma y Venecia. Pero, por otra parte, la cuantía de las

compras de los países del norte está en proporción a las cosechas de aceite de España. En caso de abundancia, se prefiere el producto de este país por su proximidad y por la óptima calidad del líquido. Lo mismo sucede con Marsella en lo que respecta a Candía y Morea, donde adquiere aceites adecuados a sus fábricas de jabón y más baratos. Génova y Toscana producen su propio aceite, y el que adquieren en Nápoles es para la manufactura o para reexportarlo a alguna ciudad próxima como Bolonia. Sólo Livorno adquiere algunas veces grandes partidas para tener siempre un depósito que permita cargar los buques en ruta hacia Poniente, con lo que se ahorra la incomodidad, el peligro y los gastos de mandarlo y recibirlo en el lugar originario⁹.

El papel que el texto citado atribuye al Mezzogiorno es tal que se podría incluso definir como colonial. La primera revolución industrial ¿coincide, pues, con el nivel más alto del proceso de periferización que hemos visto esbozarse desde fines del medievo? En nuestra opinión, el problema es más complejo: la aceleración viene en esta fase de la dinámica de las relaciones sociales.

El dato nuevo más importante de la segunda mitad del siglo XVIII es, de hecho, la reestructuración de la relación entre los barones y la clase mercantil. La cohesión que la había caracterizado hasta entonces sufre las primeras fisuras. El análisis de las diversas formas de **protestatio litterae cambii**, efectuada a través de las fuentes notariales (años 1765-1770) de Tarento, puerto a la vez del aceite y del trigo y centro urbano de composición social compleja, revela una masa de deuda de 113.203 ducados integrada por préstamos de los nobles a los pequeños y medianos productores e incluso de aquéllos a los comerciantes. El fenómeno había sido característico de los años de transición entre el XVI y el XVII, pero el resultado había sido distinto.

Por otra parte, todos los análisis patrimoniales efectuados hasta ahora para la nobleza feudal grande y mediana revelan que la conversión de la renta en especie en renta en dinero es contemporánea a la emergencia de un núcleo de arrendadores burgueses sostenidos por comerciantes napolitanos o locales. La fragilidad de las élites mercantiles, incluso en esta fase, y la aspiración siempre presente de ennoblecimiento redimensionan parcialmente el fenómeno. Más que la aparición de algunos elementos del capitalismo, se puede entrever a través de estos hechos la presencia de un momento importante para la transformación interna del bloque de poder feudal-mercantil, que había demostrado su capacidad de resistencia a lo largo de toda la Edad Moderna. Incluso podríamos decir que la crisis de ese bloque social interesó

más profundamente algunas áreas especiales del Mezzogiorno.

La variable de este-oeste, que hemos introducido al hablar de los efectos de la crisis de la ciudad-estado de Italia del Norte y de la hegemonía de las potencias atlánticas, se reafirma en los siglos XVIII y XIX en sentido netamente favorable a las regiones adriáticas y a sus núcleos de burguesía mercantil. «El desarrollo de Bari —ha escrito recientemente B. Salvemini— y su transformación tendencial en núcleo importante e influyente incluso más allá de las fronteras de la provincia se fundan en una relación con el mercado internacional que retiene en la propia ciudad la acumulación de capital conseguida con el comercio y las funciones dirigentes en el territorio. Sin embargo, es indudable que los comerciantes de Bari de la Edad de la Restauración carecen de las características de los empresarios del Lancashire. Ahogados en un mar de atraso, situados como una **burguesía compradora** dentro de una economía colonial, es difícil que constituyan un eslabón importante en la cadena histórica formada por la evolución del Mezzogiorno moderno, en el que el análisis social y político aparece siempre dramáticamente inadecuado.»¹⁰

NOTAS

1. Archivo d'Estado. Venecia. Senato. Dispacci d'Ambasciatori. Leg. 22.
2. Archivo d'Estado. Venecia. Senato. Dispacci. Leg. 54.
3. Museo Correr Fondo Cicogna, Cod. 2534/17.
4. Archivo d'Estado. Venecia. Inquisitori di Stato, Leg. 460.
5. Archivo d'Estado. Venecia. Dispacci d'Ambasciatori, Nápoles, Leg. 39.
6. Archivo d'Estado. Venecia, Dispacci d'Ambasciatori, Nápoles, idem.
7. Biblioteca Mariana, Venecia, Rs. it., classe VI, n.º 395.
8. P. MACRY: **Mercato e società nel Regno di Nápoli. Commercio del grano e politica económica nel Settecento.** Guida, Nápoles, 1974. Pág. 338.
9. Archivo d'Estado, Venecia. Praveditori sopra olli, b. 174-1777.
10. B. SALVEMINI: **Società estoria**, n.º 18, 1982, págs. 875-876.

BIBLIOGRAFIA

M. AYMARD: *Venise, Raguse et le commerce du blé pendant la seconde moitié du XVIe siècle*, Paris SEVEPEN, 1966.

M. AYMARD: «La transizione dal feudalesimo al capitalismo», Torino, Einauhi, 1978, in *Storia d'Italia Annali I*; M. Malowist **Capitalismo commerciale e agricoltura** ivi págs. 455-507.

R. COLAPIETRA: «Le redite dei Genovesi nel Regno di Napoli in un documento del 1571», in *Critica Storica*, 1968 (a. III) págs. 93-101.

P. CHORLEY: *Oil, silk and Enlightenment. Economic Problems in XVIIIth Century Naples*, Napoli Istituto Italiano per gli Studi Storici, 1965.

R. DAVIS: «Influences de l'Angleterre sur le declin de Venise au XVIIème siècle», in *Atti del Convegno su Aspetti a cause de la denza economica Veneziana nel XVII secolo* (27 junio-2 julio 1957), Venecia-Roma, 1961.

P. DOCKES: *L'espace dans la pensée économique du XVe au XVIIIe siècle*, Paris, Flammarion, 1969.

G. GALASSO: **Economia e società nella Calabria del Cinquecento** (Università di Napoli, Seminario di Storia Medievale e Moderna), Napoli, 1967.

J. GENTIL DA SILVA: «Trafics du Nord, marchés du "Mezzogiorno", finances génesis: recherches et documents sur la conjoncture à la fin du XVIe siècle», in *Revue du Nord*, t. XLI, abril-junio 1959.

A. GROHMANN: **Le fiere nel Regno di Napoli in età aragonese** Napoli, Istituto Italiano per gli Studi Storici, 1959.

A. LEONE: «Caratteri dell'economia mercantile pugliese (1467-1488)», *Annali dell'Istituto Italiano per gli Studi Storici*, VI, Napoli 1983.

A. LEPRE: **Terra di Lavoro in età moderna**, Napoli, Guida, 1978; M. BANAI-TEAU: «La rendita feudale nel Regno di Napoli attraverso i reperi: il Principato Ultra (1550-1806)», in *Società e storia*, n.º 9, 1980, págs. 561-611; M. A. VISCEGLIA: **Rendita feudale e agricoltura in Puglia nell'età moderna**, ivi págs. 527-560.

A. LEPRE: **Feudi e masserie. Problemi della società meridionale nel '600 e nel '700**, Napoli, Guida, 1973.

H. KOENIGSEBERGER: «English Merchants in Naples and Sicily in the Seventeenth Century», in *The English Historical Review*, vol. LXII, n.º 244 (1947), págs. 304-326.

L. MASELLA: «Appunti per una storia dei contratti agrari in Terra di Bari tra XVII e XVIII secolo», in **Economia e classi sociali nella Puglia moderna**, a cura di P. Villani, Napoli, Guida, 1976, págs. 113-145.

C. MARCIANI: **Lettres de chage aux foires de Lanciano au XVIe siècle**, Paris, SEVEPEN 1962.

G. MUTO: «Gestione politica e controllo sociale nella Napoli spagnola». Comunicación presentada al congreso sobre **Le capitali in Europa** (Capri, abril 1983), págs. 17-17.

R. ROMANO: **Le commerce du Royaume de Naples avec la France et les pays de l'Adriatique au XVIIIe siècle**, Paris, Ecole Pratique des Hautes Etudes, 1951.

R. ROMANO: **Napoli: dal Viceregno al Regno. Storia Economica**, Torino Einauhi, 1976, pág. 31. il giro di.

P. SPOSATO: «Partecipazione della nobiltà calabrese alla vita economica e commerciale della regione nella seconda metà del Quattrocento», in **Archivo Stotico per la Calabria e la Lucania**, a. XXVII (1958), fasc. IV, págs. 171-311.

A. SILVESTRI: **Il commercio a Salerno nella seconda metà del Quattrocento**, Società Salernitana di Storia Patria, Salerno 1952, pág. 10.

M. DEL TREPPO: **I mercanti catalani e l'espansione della corona d'Aragona nel secolo XV**, Napoli (Università di Napoli, Seminario di Storia Medievale e Moderna), 1972.

I. WALLERSTEIN: **Il sistema mondiale del l'economia moderna**, t. I; **L'agricoltura capitalistica e le origini del sistema mondiale del l'economia europea nel XVII secolo**, Bologna, Il Mulino, 1974, t. II, Bologne, Il Mulino, 1982.